

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

La construcción de un cómplice cobarde: literatura y terrorismo de estado.

Piasek, Sebastián Luis, Corinaldesi, Ana y Noailles, Gervasio.

Cita:

Piasek, Sebastián Luis, Corinaldesi, Ana y Noailles, Gervasio (2020). *La construcción de un cómplice cobarde: literatura y terrorismo de estado. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/sbw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN CÓMPLICE COBARDE: LITERATURA Y TERRORISMO DE ESTADO

Piasek, Sebastián Luis; Corinaldesi, Ana; Noailles, Gervasio

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Tomando como punto de partida las conclusiones preliminares y definitivas de investigaciones anteriores, este artículo retomará la función del testimonio literario en víctimas directas e indirectas del terrorismo de Estado en tanto vía suplementaria al testimonio en sede judicial. Así, este tipo de narración sobre el horror, propiciada por el testimonio literario, será abordada desde la novela "Villa", de Luis Gusmán, para profundizar un interrogante respecto de la responsabilidad subjetiva en la obediencia. Con este objetivo se abordan conceptualizaciones de Hannah Arendt, Contardo Calligaris y Zygmunt Bauman para problematizar también el estatuto de la complicidad en el contexto de la última dictadura militar en la Argentina. La novela de Gusmán nos deja con la certeza incómoda de que cualquier ciudadano, incluso un médico responsable, puede llegar a cometer crímenes atroces bajo determinadas circunstancias, y este artículo retoma algunas de las hipótesis clínicas y derivaciones teóricas que de allí pueden extraerse.

Palabras clave

Testimonio literario - Complicidad - Dictadura - Responsabilidad

ABSTRACT

THE DESIGNMENT OF A COMPLICIT COWARD: LITERATURE AND STATE TERRORISM

Considering preliminary and definitive conclusions of previous researches, this article will return to the role and the function of the literary testimony in direct and indirect victims of State terrorism as a supplementary way to testimony in court. Thus, this type of narration about horror, bridged to us by literary testimony, will be approached from the novel "Villa" by Luis Gusmán, to enable us to reconsider a question about subjective responsibility in obedience. With this main objective, we will consider the theoretical contributions of Hannah Arendt, Contardo Calligaris and Zygmunt Bauman to problematize the status of complicity in the context of the last dictatorship in Argentina. Gusman's novel leaves us with the uneasy certainty that any citizen, even a responsible doctor, can commit atrocious crimes under certain circumstances, and this article takes up some of the clinical hypotheses and theoretical derivations that can be extracted from such act.

Keywords

Literature - Complicity - Dictatorship - Responsibility

Antecedes en la temática: la literatura testimonial y sus aportes a la construcción de la memoria

En el marco del proyecto UBACyT 2018-2020 titulado "La literatura testimonial acerca del terrorismo de Estado en Argentina. Un análisis de la transmisión escrita en afectados directos por el terrorismo de estado y otros autores", el equipo de investigación que integran los autores del presente trabajo se ha abocado a una problematización de la función y los efectos que se derivan del testimonio literario en víctimas directas e indirectas del terror de Estado en nuestro país.

Esta perspectiva de análisis surge primordialmente de los resultados a los que arribó el equipo en investigaciones precedentes^[1], que demuestran cómo a través de la vía literaria y autobiográfica aquellos que fueron afectados de forma directa por el terrorismo de Estado pueden apropiarse de su palabra, cuestión que, en gran medida, es posible por la ausencia de obstáculos prácticos que este campo discursivo ofrece, en contraposición al *encorsetamiento*^[2] y las limitaciones a las que se ve sometido el testimonio en el ámbito judicial donde asistimos a un triunfo archivo por sobre la palabra del sujeto. De esta forma, por la vía de la literatura, los testigos pueden devenir autores de la historia que los constituye como sujetos, a través de la inscripción simbólica y social de un relato.

La literatura testimonial, a través del *faction* (como neologismo que surge de la contracción de las voces inglesas *fact* y *fiction*) ofrece esta oportunidad en tanto supone un singular entrecruzamiento entre la historiografía y la ficción, en una tensión particular entre la fidelidad al hecho histórico y la interpretación que el autor hace de ellos en producciones como biografías, autobiografías, ensayos, memorias y novelas. La posibilidad de pensar estos términos en banda de Moebius queda reflejada en un sinfín de expresiones que anudan la novela tradicional y el testimonio, el periodismo y la novela realista, en un "relato real", como es denominado por Javier Cercas, en tanto surge de lo real al tiempo que lo enlaza a una interpretación singular: Las [crónicas] mías... acaso puedan leerse, una a una, como relatos. Como relatos reales... porque se ciñen a la realidad... En rigor, un relato real es apenas concebible, porque todo relato, lo quiera o no, comporta un grado variable de invención... Es imposible transcribir verbalmente la realidad sin traicionarla. Todo relato parte de la realidad, pero establece una relación distinta entre lo real y lo inventado: en el relato ficticio domina esto último; en el real, lo primero. Para crear la suya propia, el relato

ficticio anhela emanciparse de la realidad; el real, permanecer cosido a ella. (2000, p. 16-17).

Por lo mencionado hasta aquí, la diferencia cualitativa observada por el equipo de investigación entre el testimonio brindado por las víctimas del terrorismo de Estado en contextos judiciales y el testimonio producido por la vía literaria, ha abierto paso a un nuevo interrogante respecto del modo en que los autores que no son víctimas directas del terrorismo de Estado pueden brindar un testimonio de época a través de su producción literaria, aportando con ello a la tramitación simbólica y social de los sucesos y de los efectos de estos sucesos en el marco del terrorismo de Estado en Argentina.

Así, en consonancia con las conceptualizaciones de Eduardo Grüner, consideramos fuertemente que las heridas del pasado sólo pueden articularse en los diversos relatos que intentan abordar lo sucedido, en un permanente ejercicio de lectura del pasado a la luz del presente:

Hacer historia no es recuperar los hechos tal cual sucedieron en el pasado, sino tal como relampaguean hoy, en este instante de peligro (...) no se trata, en la historia o en la memoria, del pasado como tal, sino de lo que no deja de irrumpir como síntoma en sus narraciones. El pasado, así sintomatizado, es una herramienta para la construcción del presente y del futuro” (Grüner, 2011, p. 17).

En lo sucesivo ensayaremos una serie de articulaciones conceptuales tendientes a poner en tensión y análisis esta hipótesis de trabajo y los objetivos centrales que estructuran este artículo: en qué medida la novela de Luis Gusmán y su caracterización de “Villa” impone un interrogante sobre la responsabilidad, respondiendo a la lógica discursiva de un testimonio que por la vía ficcional -aquella que prescinde del dato documental, para propiciar un texto a través del cual algo de lo verdadero irrumpe en escena- problematiza el lugar de la complicidad en el accionar de muchos sujetos durante la última dictadura cívico militar en nuestro país.

Intentaremos entonces situar la potencia de este testimonio no sólo en lo que respecta al entramado social que puede conducir a un civil a devenir cómplice de delitos de lesa humanidad, sino también en derredor de los mecanismos psíquicos que lo hacen posible.

Breve contextualización de *Villa*, de Luis Gusmán

Una multiplicidad de categorías que conforman el tema de interés de este trabajo resuenan en la historia que relata Luis Gusmán en su novela *Villa* (1995). Esta comienza en los días previos a la muerte de Juan Domingo Perón, y finaliza en los días posteriores al golpe de Estado cívico militar del 24 de marzo de 1976. La misma fue publicada en el año 1995, durante los años de impunidad respecto de los delitos de lesa humanidad cometidos en la dictadura, cuando todavía no se ponía el acento en la participación de civiles en el golpe de Estado y por la tanto la denominación de *Golpe de Estado Cívico-Militar* aún no exis-

tía. Interesa señalar este último punto, en tanto Gusmán relata la historia de un médico y funcionario de carrera, el Dr. Carlos Villa, que es testigo del ascenso del lopezreguismo y la transformación del Ministerio de Salud Pública en Bienestar Social, en el centro de operaciones de la Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como *Triple A*, responsable del terrorismo de Estado durante la presidencia de Isabel Martínez de Perón.

Este testimonio eminentemente ficcional de Luis Gusmán nos deja con la certeza incómoda de que cualquier ciudadano, incluso un médico responsable, puede llegar a cometer crímenes atroces bajo determinadas circunstancias. En este sentido, nada más cómodo puede existir para la moral del neurótico bien pensante, que la certeza de ser incapaz de cometer los crímenes de Astiz, el Tigre Acosta o el Turco Julián.

La perspectiva ética en la obediencia

Luis Gusmán escribe una novela sobre la *banalidad del mal* (Arendt, 1963) y la naturaleza social del mal (Bauman, 1997), en tanto nos permite leer allí los engranajes de una máquina burocrática, que el propio Jorge Panesi menciona en un extenso prólogo, y nos pone en la pista de un trabajo de condensación, que la novela produce en el cruce entre autobiografía e historia: “Se trata de dos dimensiones a las que la narrativa de Gusmán se abre a partir de aquí: la historia y consecuentemente la dimensión ética que supone el tratamiento del material histórico” (Gusmán, 1995, p. 14). La pregunta que insiste está tomada por la cuestión de cómo hacer pasar la historia -política- y contarla, absteniéndose de la utilización de un recurso literario que dejara a esa voz narrativa del lado de la crónica.

En esa operación que distancia la voz narrativa de la crónica, de la biografía, se inscribe su dimensión ética: “La dimensión ética depende más que nada de la perspectiva” (Gusmán, op. cit, p. 14). Y Villa es un punto de vista. Sólo un punto de vista y un solo punto de vista. Se narra en primera persona y esa primera persona cuenta todo el tiempo la historia de otro^[3]. Es decir, Villa personaje carece de esa distancia. Carece de di-versión, sometido y sometiéndose a un modo único en los engranajes de la máquina burocrática: ser “mosca”, ser sólo un punto de vista que *revolotea alrededor de un grande* (Gusmán, op. cit, p. 44) en un mundo organizado jerárquicamente, al infinito. Modos que no dicen de otra cosa más que de la fantasmática en nuestro personaje principal: “La gente siempre quiere que uno esté de un solo lado” (Gusmán, op. cit, p. 153).

La novela nos muestra cómo la vida del Dr. Villa transcurre en posición servil: siempre ha admirado a otro lo suficiente -y más- como para estar dispuesto a todo. Al inicio de la novela relata su admiración por el Dr. Firpo, un médico del Ministerio de Salud para el que trabaja hace muchos años: “En los viajes importantes el médico era Firpo, y yo una especie de secretario en vuelo. Le servía el whisky, le compraba gotas para la nariz, le acomodaba la ropa o le llevaba la valija. También era su valet” (Gusmán, op. cit. p. 17). Esta devoción lo conduce a actitudes

degradantes, como coleccionar las cajitas de madera de los cigarrillos que Firpo fumaba y nunca le convidaba, o estudiar medicina por sugerencia de su jefe, ya que no había tenido el valor para iniciar la carrera en abogacía. Cuando Firpo le pregunta qué es un *mosca*, Villa anuncia orgulloso que su primer trabajo fue de mosca: “*Es el que revolotea alrededor de un grande. Si es un ídolo mejor*” (Gusmán, op. cit, p. 26). Comenta que su política siempre implicó quedarse donde le dieran lugar, y por lo tanto nunca le importó a quién servirle de *mosca*, en la medida en que le dieran un lugar.

Como vemos, Villa se presenta desaparecido en el otro: “Hasta sentí un poco de orgullo por las palabras de Firpo: como si yo mismo las hubiese pronunciado (...) Siempre la misma historia: Villa casi no aparecía o aparecía borroso. Había que buscarlo con lupa” (Gusmán, op. cit, p. 146).

Poco a poco, como podemos ver, Gusmán delinea a la perfección los rasgos de un personaje alienado. La pregunta incómoda que surge en el lector apunta a entender cómo un personaje como éste puede llegar convertirse en un partícipe necesario de un grupo de tareas.

Mujica y Cummins, dos empleados del Ministerio de Bienestar Social, que pronto sabremos forman parte de la Triple A, le piden a Villa que firme un certificado de defunción de un cuerpo que él nunca vio. Él acepta, pero mientras firma piensa que se trata de “mi propia acta de defunción” (Gusmán, op. cit, p. 155). Quizás en ese momento parece una apreciación exagerada, pero efectivamente es ese primer gesto de complicidad el que inaugura una serie que lo llevará a lugares espantosos.

En esos días Firpo, el jefe a quien él admira, se suicida: “La muerte de Firpo había sido decisiva, me había dejado sin opciones. Después, ¿cómo hacer para retroceder? No tenía valor para quitarme la vida. Sí. Había pensado en escapar. Pero ¿Quién no hay intentado escapar de los acontecimientos que lo envuelven? Pensar eso me tranquilizó. Yo era una hoja en la tormenta. Una hoja arrastrada por el viento”. (Gusmán, op. cit. p. 156).

Este es el punto de no retorno para Villa. Su jefe admirado se ha suicidado. Él no tiene el valor para hacerlo y lo tranquiliza pensarse como una hoja arrastrada por el viento. La imagen remite a las neurosis de destino a las que recurre Freud (1916) con el objetivo de situar la estrategia neurótica para no hacerse responsable de las determinaciones inconscientes; aquellas decisiones que han llevado a un sujeto a la posición que ocupa en su vida.

Cummins y Mujica seguirán convocando a Villa para realizar actos cada vez más oscuros. Así, debe acudir al encuentro de Cummins en el medio de la madrugada, de urgencia, para salvarle la vida a un herido de bala: “*Está herido en el muslo, fue en un enfrentamiento. Es un hombre de los nuestros. Tiene una hemorragia. Está perdiendo mucha sangre*”. (Gusmán, op. cit. p. 151). Villa advierte que no se puede dar parte a la policía, pero como buen empleado, no pregunta más e intenta curar al herido para luego llevarlo al hospital.

Al tiempo lo llaman nuevamente, también de madrugada, para que acuda de urgencia a una casa en Florida. Pero esta vez la situación es otra: cuando Villa llega a la casa, Cummins señala la cama en la que puede verse a un hombre acostado en calzoncillos: “Me acerqué al hombre enrollado como en posición fetal, estaba sin conocimiento. Me di cuenta de que tenía todo el cuerpo lleno de hematomas. Lo di vuelta y vi que su cara estaba casi desfigurada. Le tomé la presión. Le ausculté el corazón. El hombre parecía estar sin reflejos. Busqué comprobar si tenía la cabeza golpeada y me encontré con dos hematomas como si le hubieran pegado con una cachiporra” (Gusmán, op. cit. 158). Mujica y Cummins le piden; le ordenan; le exigen a Villa que reviva a este hombre, pero no para salvarle la vida: quieren que hable; que aguante un poco más la tortura. Villa nada pudo hacer por ese hombre. ¿O nada pudo hacer por Cummins y Mujica? Mujica, enojado por la incapacidad de Villa, le dice a Cummins: “*No sé para que lo llamaste a este inútil, no sirve para nada... que sepa de que se trata. Que él también está hasta las manos. Estoy harto de su inocencia y de que esté distraído como si fuera un convidado de piedra. Sépalo, Villa, usted también es parte del festín*”. (Gusmán, op. cit. p 160). A partir de aquí sabemos, entonces, que Villa se ha convertido en un cómplice de la Triple A. Pero como si de un héroe trágico se tratara -sin ir más lejos, Edipo intenta huir de la amenaza de matar a su padre y acostarse con su madre, y esa misma huida lo termina conduciendo a matar a su padre y acostarse con su madre- Villa cree estar haciendo lo correcto, y termina cometiendo el peor de los asesinatos. Cuando vuelve a sonar el teléfono de madrugada, Villa ya no se sorprende: tiene su maletín de médico preparado, a la espera del llamado.

Se encuentra ahora con una mujer que ha sido salvajemente torturada; le piden a Villa que evite su muerte porque debe proporcionar información imprescindible. Villa exige quedarse a solas con la mujer para poder trabajar más cómodo. La duerme, y por temor a que los torturadores lo descubran le aplica una inyección fatal de potasio. Antes de que retornen Cummins y Mujica, se encuentra con las pertenencias de la mujer y guarda en su bolsillo una cadenita. Luego, con los torturadores en la habitación, simula reanimarla.

Aquella cadenita robada lleva una media medalla con su nombre impreso, que casualmente coincidía con la media medalla que él guardaba de su primer y gran amor, Elena. Se consuela pensando que la salvó de la tortura, pero al mismo tiempo se sabe cobarde: sabe que jamás se hubiera arriesgado a salvarla. De esta forma Villa, siendo un simple funcionario obediente, no sólo ha llegado a ser un cómplice civil de la Triple A, sino que también devino asesino de la mujer que más había amado en su vida.

La historia concluye poco tiempo después del golpe de Estado, cuando Villa recibe un llamado de Cummins: están trabajando en el norte del país y, lo convocan para que trabaje con ellos. No necesitamos leer más: sabemos qué sucedió en el país. Sabemos que Villa ya ha vendido su alma al terrorismo de

Estado. Sabemos también todo lo que pudo hacer Villa durante la dictadura.

La trampa de la obediencia en la paradoja de la acción secuencial

Un aporte ineludible para pensar la psicología del obediente es la lectura crítica que realiza Zygmunt Bauman (1997) de la investigación realizada por Stanley Milgram sobre la obediencia a la autoridad (Milgram, 1974). Milgram realiza su ya clásico experimento en el que, a través de una serie de consignas engañosas, demuestra que un porcentaje significativo de personas es capaz de obedecer órdenes y cometer actos atroces, aun cuando esas órdenes son contrarias a su moral, siempre y cuando éstas sean transmitidas por una persona con autoridad y bajo determinadas condiciones.

En su libro "Modernidad y Holocausto" (1997), Bauman señala que hay seis factores vinculantes que facilitan la obediencia de un sujeto común a órdenes aberrantes. Para pensar las condiciones que llevan a Villa a ser parte de un grupo de Tareas de la dictadura, nos interesa destacar lo que Bauman llama "La paradoja de la acción secuencial": el experimento de Milgram comienza con un investigador que exige al participante que cometa un acto sutil. Se trata de una leve descarga eléctrica, en absoluto dolorosa y mucho menos letal. Luego, la intensidad de las descargas aumenta, y quien las recibe - que en verdad es un actor del experimento - comienza a acusar dolor. ¿En qué radica la paradoja de la acción secuencial? Para el participante, negarse a aplicar una descarga eléctrica implica inevitablemente cuestionarse por las descargas anteriores, que han sido apenas más leves que las siguientes.

Bauman sostiene que negarse a aceptar órdenes aberrantes, cuando ya se han obedecidos órdenes sutilmente diferentes a las actuales no estaría facilitado por conllevar a un cuestionamiento de la obediencia previa y, por lo tanto, al sistema de valores implícito del sujeto.

Esta es la situación de Villa. Probablemente si le hubieran ordenado que fuera cómplice de la tortura él, como la mayoría de los ciudadanos, se hubiera negado. Pero la maestría de la novela de Gusmán consiste en mostrarnos de qué manera Villa queda atrapado en aquello que Bauman llama la paradoja de la acción secuencial: obedece órdenes sutiles, pero, al igual que en el experimento de Milgram, poco a poco se ve conducido a cometer actos aberrantes pretendiendo borrar su decisión allí, bajo obediencia. Somos testigos de la secuencia de órdenes que obedece Villa y que lo llevan a cometer actos aberrantes. Llegado a este punto, no cabe ninguna duda de que Villa está dispuesto a obedecer *cualquier* orden. Supervisará sesiones de tortura para que los detenidos no mueran antes de tiempo, inyectará tiopentato de sodio para que los prisioneros de la ESMA sean arrojados vivos al mar en los vuelos de la muerte, o quizás incluso realizará partos a las detenidas en centros clandestinos de detención y tortura, para luego firmar sus actas de defunción,

que faciliten luego la entrega de los recién nacidos a sus apropiadores como botín de guerra.

Ser decidido por otro.

Una hipótesis clínica sobre la obediencia

El aporte de Milgram es ineludible, pero resulta fundamental recordar que se trata de un aporte descriptivo. Sus resultados arrojaron que más del 60% de las personas es capaz de cometer actos aberrantes bajo determinadas coordenadas que estructuran la obediencia. En tanto psicólogo social, Milgram propone un modelo "caja negrista", con foco en el input y el output; la orden y la obediencia a la orden, oír y ejecutar. Poco o nada puede decir, en cambio, de la posición subjetiva que conduce al cumplimiento de esa orden.

En *La seducción totalitaria*, Contardo Calligaris (1987) aporta una hipótesis clínica para leer por qué un sujeto, que a priori no debe pensarse como un perverso o un psicópata, puede llegar a obedecer órdenes que producen efectos aberrantes. El psicoanalista italo-brasileño se inspira en los desarrollos teóricos de Hannah Arendt respecto de la *banalidad del mal*⁽⁴⁾ (Arendt, 1963) y las conceptualizaciones de Heidegger sobre el *peligro de la técnica* (2007), para ubicar una cierta *pasión por la instrumentalización* en aquellas personas que llevaron adelante los crímenes de lesa humanidad en el régimen nazi.

En plena referencia a la pluma de Albert Speer -arquitecto y luego Ministro de armamentos del III Reich-, que desde el encierro al que fue condenado justifica el desenvolvimiento de la guerra y sus consecuencias en los campos de concentración sobre la base de una cuestión meramente técnica (en lo que podríamos situar como un primer punto de alienación subjetiva que no hace diferencia entre la existencia de la técnica y su uso), Calligaris afirma:

Cuando Speer habla de efectos de la técnica tal vez podemos hablar del efecto, del interés y de la pasión humana en salir del sufrimiento neurótico banal alienando la propia subjetividad, o mejor, reduciendo la propia subjetividad a una instrumentalización. Esta me parece una tendencia inercial de cualquier neurótico, la pasión de la instrumentalización (Calligaris, 1987: 3) No es el desenvolvimiento técnico lo que aliena al sujeto y lo insta a cometer actos atroces, sino la tendencia de todo neurótico a alienarse a un saber sabido y por ende compartido a nivel de masa, precisamente para escapar a la pregunta -siempre abierta- por el propio deseo; para escapar a la incertidumbre que implica el *saber supuesto al padre*.

En este sentido, el personaje de la novela de Gusmán en una primera instancia obedece incluso en lo que a su vida amorosa refiere: cuando su tía enfáticamente sugiere que busque una pareja porque ella no vivirá mucho tiempo más, y la vidente del barrio le advierte que conocerá "...a su amor en el aire" (Gusmán, op. cit, p.56), Villa decide entonces enamorarse y luego comprometerse con Estela Sayago, la enfermera con la que vuela en los aviones sanitarios y a quien, esto no es casual, hasta

entonces nunca había prestado real atención.

Mucho más allá de esta elección amorosa, que por un lado anticipa de forma muy sugerente la capacidad de Villa para responder a la demanda del Otro, pero al mismo tiempo tiene implicancias en su carrera política y en la estabilidad emocional del médico, hemos situado anteriormente que no es hasta el suicidio de Firpo y la muerte de su tía, que éste comienza a alienarse de forma enfermiza a un saber compartido y totalizador. Podemos hipotetizar que se abren para él dos caminos posibles ante la angustia que lo divide por estas dos muertes: puede dejar el Ministerio y comenzar a oficiarse como médico practicante, como su nueva pareja le sugería, o continuar su carrera política incluso a pesar de la ausencia de toda referencia que pudiera haberlo guiado hasta entonces. En este contexto, cuando uno de sus eventuales compañeros de oficina le comenta que “es un momento en el país en que se está de un lado o del otro” (Gusmán, op. cit., p. 160) Villa no lo duda, y elige definitivamente el campo del Otro. De esta decisión a la activa complicidad al interior del grupo de tareas, tan sólo un pequeño escalón.

Ahora bien, este saber sabido al que todo neurótico puede alienarse para eludir la pregunta por su deseo funciona sobre la base de referencias firmes: un sujeto alienado a este tipo de saber -de índole totalizador- se ubica inevitablemente como objeto de un Otro completo, que puede ofrecer certezas allí donde por estructura todo suele ser incertidumbre. Es esperable que ante la caída de esa referencia Otra, emerja la angustia en relación con aquello que lo sostenía por la vía de la demanda.

Hablamos de la búsqueda religiosa de una posición servil que lo deje fijado al Otro, haciéndolo existir, en un orden de correspondencia y consistencia absoluto. Cuando esa consistencia se quiebra, la propia imagen de sí queda conmovida: “Villalba... me hacía dudar. Nunca terminaba de saber qué significaba para él, y no hay nada peor que ignorar esa cuestión para estar en manos de alguien (Gusmán, op. cit., p. 50). Cuando la concentración del poder tropieza con un punto de ruptura, y ya no es tal, el efecto sobre el personaje es de absoluta desorientación: “Se suponía que estaba con Firpo pero trabajaba para Villalba. No estaba contento, más bien desorientado” (Gusmán, op. cit., p. 116). El mundo dejaba de ser un lugar seguro. ¿Cuál es la seguridad en juego para el neurótico que confina su presencia a hacer existir al Otro?

Una vez institucionalizado el golpe cívico militar, la dirección general del área que integra Villa pasa a manos de un coronel de las fuerzas armadas que él había conocido haciendo el servicio militar. Tanto Cummins y Mujica, como el hasta entonces director del área no dan noticias de vida. Villa presume están en el exterior, por lo que decide revelar todas las acciones a las que ha accedido durante los últimos meses, para ganarse la confianza de su nuevo director: como sitúa Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén* (Arendt, 1963), el mal más banal es aquel que encarna un ser humano dispuesto a modificar su posición y sus acciones, de acuerdo con los cambios que imprima una

determinada moral de época.

En ese lapso cargado de impotentes diatribas respecto de la utilidad o inutilidad de revelar lo que había sucedido a su nuevo director, Gusmán relata una serie de fantasías diurnas propias de un sujeto totalmente alienado, que necesita de forma urgente reencontrarse con la garantía de un Otro completo: “Me imaginaba que Matienzo tenía un hijo que había sufrido un accidente (...) Matienzo mirándome porque la vida de su hijo estaba en mis manos” (Gusmán, op. cit., p. 246), fantasías que obviamente lo ubican en el lugar del héroe, anticipando la desesperación de un hombre que, aunque no puede admitirlo, entiende lo que ha hecho, sabe lo que debe, y sospecha lo peor.

Cuando finalmente el coronel Matienzo accede a su informe y entiende la posición que le cupo y le cabe a Villa en aquel engranaje, lo enfrenta inevitablemente con su propia negación: “Villa, usted es un hombre peligroso. Por miedo puede llegar a hacer cualquier cosa (...) Usted, Villa, no sirve para ningún puesto operativo. Yo lo desafectaría, ni siquiera le daría una tarea administrativa” (Gusmán, op. cit., p. 254). Villa pasa inevitablemente de la bronca a una tristeza muy profunda, y de allí al desmoronamiento absoluto (Gusmán, op. cit.): aunque no entiende qué le depara el futuro, intuye que ya no hay vuelta atrás.

Conclusiones

Como destaca Jorge Panesi (op. cit.) en el prólogo de esta novela, el testimonio de Luis Gusmán nos expone no sólo a la dimensión histórica que atraviesa todo orden de narración, sino también a la dimensión ética que se encuentra inevitablemente implicada en la toma de posición del autor respecto de aquella historia: el testimonio de Luis Gusmán estructura, desde la perspectiva de un sujeto mediocre, una hipótesis clínica sobre la alienación al Otro, cuyos efectos para analizar la subjetividad de una época signada por el horror son imponderables.

En este sentido, si no hay verdad que pueda sostenerse por fuera de una estructura de ficción (Lacan, 1975), consideramos que Gusmán enhebra progresivamente una historia que se permite escapar al dato documental -propiedad de la lógica historiográfica- para construir efectos de verdad desde otra lógica narrativa. Es en este punto que radica el principal aporte del testimonio literario, no a pesar de su carácter ficcional -lógica de lectura que implicaría presumir la existencia de un testimonio objetivo de la experiencia; punto de imposibilidad que funda la potencia misma de lo testimoniado- sino por el contrario, a partir del entramado simbólico que construye con el relato de los acontecimientos que signan al Doctor Villa.

Al ensayar un atisbo de respuesta a una pregunta que al momento de su publicación se encontraba demasiado abierta -el interrogante por la responsabilidad colectiva respecto de lo sucedido en nuestro país-, en una época lamentablemente signada por los indultos presidenciales y las leyes de Obediencia debida y Punto final, Gusmán reconduce la pregunta misma al campo de lo singular que subyace a la presentación de cada su-

jeto, situando los mecanismos psíquicos que pueden progresivamente sumir a cada quien en una maquinaria de persecución y aniquilación del otro, en tanto semejante.

Como es evidente, el concepto de banalidad del mal que esgrimiera Hannah Arendt (op. cit), la referencia a la naturaleza social del mal en Zygmunt Bauman y la pasión neurótica por la instrumentalización en Contardo Calligaris, devienen nociones fundamentales como hipótesis de trabajo para reconducir la cuestión de la responsabilidad hacia una perspectiva de análisis singular, allí donde el accionar de un sujeto no requiere de ningún compromiso previo con un ideal.

NOTAS

^[1]UBACyT “Las vías alternativas al testimonio en el ámbito jurídico. La literatura testimonial en el caso de las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina.” código 20020150200263BA.

^[2]UBACyT “El estatuto de la verdad en la escena jurídica y valor del testimonio en los juicios por crímenes de lesa humanidad”, código 20020120200376BA, y UBACyT “El testigo en el entramado discursivo de la escena judicial en casos de crímenes de lesa humanidad. Derivaciones jurídicas y subjetivas”, código 20020100200251.

^[3]<https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-etica-de-los-personajes-nid214051>

^[4]En especial: Arendt, H. (1999 [1963]): *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, España: Editorial Lumen.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, H. (2005). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Editorial Lumen.

Bauman, Z. (1997). *Modernidad y holocausto*. Ediciones Sequitur, Madrid, 2006.

Calligaris, C. (1998). La seducción totalitaria. Artículo Revista Psyche N° 30.

Gusmán, L. (1995). *Villa*. Ediciones Edhasa.

Freud, S. (1916). Algunos tipos de carácter dilucidados [literalmente extraídos] por el trabajo psicoanalítico, *En Obras completas, Vol. XIV*. Amorrortu editores.

Heidegger, M. (1994). *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal.

Milgram, S. (1974). *Obedience to authority: An experimental view*. New York: Harper & Row.